

Archivo Extremeño.

REVISTA MENSUAL

CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

Año I.

Badajoz 31 de Diciembre de 1908

Núm. 11

SUMARIO: Roma fin de la Eneida, por F. Franco y Lozano.—La Capilla de los huesos, por Enrique Segura.—Cristeza de Invierno, por Antonio Reyes Huertas.—Año nuevo (*Crónica*), por Luis Hermida.—Sobre el «Teatro Español», por J. López Prudencio.—Biografía, por J. Gestoso y Pérez.—Legajo, por Balduque.—Pliego de Historia, de Documentos y de las obras completas de Diego Sánchez de Badajoz.

ROMA FIN DE LA ENEIDA

Cualquiera que lea la Eneida al punto y como espontáneamente se hace esta pregunta: á qué fin tiende el recuerdo de tantos hechos insignes, guerras, viajes, victorias y hasta la descripción, ó más bien la pintura hermosísima de juegos? Para tejer sin duda las alabanzas de Eneas, protagonista en toda la sucesión de los hechos ó para proporcionar un grato deleite á los lectores de la serie de bellísimos sucesos hábilmente fingida, dispuesta con gran diligencia y cuidado y hasta expresada en versos elegantes y sonoros? Hay algo de esto, en verdad; pero me guardo bien de decir que en lo acabado de exponer, consista absolutamente el fin total del poema, la meta á que se dirigen las demás partes, el objeto y propósito preconstituido de la obra.

Otro fin muy diferente tenía Virgilio á la vista indudablemente cuando escribía la Eneida; porque ya en los primeros versos, como vestíbulo del edificio, vemos al poeta que empieza á cantar desde el recuerdo del fin, que Eneas persiguió en sus viajes. Dice que canta al héroe:

*Troicæ qui primus ab oris
Italiam fato profugus Lavinaque venit
Littora;*

(EN. I. V. 1-3.)

«que fué el primero, que desterrado por el hado, vino de las riberas de Troya á Italia y á las costas Lavinias» que pasó muchos peligros

*dum conderet urbem,
Inferretque deos Latio; genus unde Latinum
Albanique patres atque altæ mœnia Romæ.*

(EN. I. V. 5-7.)

«hasta fundar una ciudad, y llevar sus dioses al Lacio; de donde tienen el linaje latino y los senadores Albanos y las murallas de la ínclita Roma.»

Por consiguiente Roma es el fin de Eneida; y así es en efecto, como que en todos los libros del poema aparece esculpido y grabado el nombre venerando de Roma y delineada su simpática figura. Roma, como acabamos de ver, alumbra y hermosea la entrada de la Eneida cual la de un templo; Roma vive y respira dentro de la Eneida, si es lícito expresarse así; la grandeza y dignidad de Roma llena por completo este templo; finalmente cuando llegamos á la cima de este templo, allí contemplamos á Roma brillando con magnificencia, como corona de toda la obra. Para que no aparezca que decimos ésto á nuestro capricho, sino que así es realmente, si se agrega la luz de las pruebas, primero diré como en general sea Roma casi el alma de la Eneida, después procuraré demostrar de qué modo resplandece Roma íntegra y grande en la Eneida.

* * *

En primer término, pues, afirmo así, que Roma es en la Eneida el principio, el medio, el fin próximo y remoto de la acción. Quién podrá dudar que Roma es el principio de la acción, cuando ve á Eneas dirigirse á Italia, impelido por el hado á fundar una ciudad? Antes de proseguir, es necesario dar á conocer qué cosa sea este hado. En el libro II, que todo él es el principio de la acción, primeramente es una estrella caída del cielo, cuando Eneas era detenido por Anquises y su esposa, para que no muriera en el campo de batalla, la que se dice le señaló el camino, que el Héroe troyano y su acompañamiento (séquito) debían tomar. Pero esto es algo oscuro; mucho más claramente muestra el hado

Creusa, al salir al encuentro de su esposo Eneas hácia el fin del mismo libro:

*Longa tibi exsilia, et vastum maris aequor arandum;
Et terram Hesperiam venies, ubi Lydius arva
Inter opima virûm, leni fluit agmine Thybris,
Illic res laetae, regnumque et regia coniux
Parta tibi;*

(EN. II. v. 780-784.)

«Largos destierros y largas navegaciones por la inmensa llanura del mar te están reservados; llegarás á la región Hesperia (Italia), donde el lidio Tiber fluye con mansa corriente entre campos abundantes en varones. Allí te están prevenidos prósperos sucesos, un reino y una regia consorte.»

Pero en el libro III rogado Apolo por el rey de Ortygia y el sacerdote Anio para pronunciar oráculo, vaticinó de este modo:

*Dardanidae duri, quae vos a stirpe parentum
Prima tulit tellus, eadem vos ubere laeto
Accipiet reduces; antiquam exquirite matrem,
Hic domus Æneae cunctis dominabitur oris.*

(EN. III. v. 94-97.)

«Esforzados Troyanos, la tierra que os produjo desde el primer origen de vuestros padres, esa misma os recibirá en su fértil seno cuando regreseis á ella, buscad á vuestra antigua madre. Allí la casa de Eneas dominará en todas las regiones.»

Esta primera tierra y madre antigua no es por ventura Italia, de donde era oriundo Dárdano, fundador de Troya, como se expresa en muchos lugares? Mas habiendo Anquises interpretado mal este oráculo de Apolo y arribado la escuadra á Creta, los mismos Penates troyanos, compañeros y favorecedores de la expedición se le aparecen á Eneas durante el sueño y explican el oráculo de Apolo:

*Mutandæ sedes; non hæc tibi littora suasit
Delius, aut Cretæ iusit considerare Apollo,
Est locus, Hesperiam Graü cognomine dicunt,
Terra antiqua, potens armis atque ubere glebae,
Hæc nobis propriae sedes.*

(EN. III. v. 161-164.)

«Hay que cambiar de morada, el delio Apolo no te aconsejó

venir á estas playas; ni te mandó fijar tu asiento en Creta. Existe una región—los Griegos le dan por nombre Hesperia—tierra antigua, poderosa en armas y en la fertilidad de sus campos: allí tenemos nuestra propia morada.»

Lo mismo había predicho Casandra, hija de Priamo; lo mismo declaran la harpía Celeno y Heleno rey de Butroto.

Pero en el libro VI joya preciosísima de la Eneida, así la Cumana Sibila como el padre Anquises con palabras claras hacen constar, que la fundación de Roma estaba reservada por el hado á Eneas y á sus compañeros,

*In regna Lavini
Dardanidæ venient.*

(EN. VI. v. 82-85.)

«Los descendientes de Dárdano llegarán á los reinos de Lavino.»
Además en edad avanzada tendrá de su esposa Lavinia á su hijo Silvio.

Unde genus Longæ nostrum donimabitur Alba

(EN. VI. v. 066.)

«Por quien nuestro linaje dominará en Alba-Longa.»
Únense á todo esto las alabanzas de los descendientes de Eneas, hasta llegar á Rómulo, hijo de éstos y á la ciudad por él fundada.

*En, huius, nate, auspiciis illa inclita Roma
Imperium terris, animos æquabit Olympo,
Septemque una sibi muro circumdabit arces...
Huc geminas nunc flecte acies, hanc aspice gentem
Romanosque tuos.*

(EN. VI. v. 781-789.)

«Mira, hijo mio, bajo sus auspicios la ínclita Roma igualará su dominación á las tierras y su brio al Olimpo, y siendo una rodeará con muralla las siete colinas. Vuelve aquí ahora los ojos, mira á esta nación y á tus romanos.»

Hemos dicho que Roma es no sólo el principio de la acción, sino el medio y el fin. Comprenderemos en verdad que es el medio, si consideramos que los mayores obstáculos de la acción, á saber, las grandes aventuras por mar y tierra y la guerra contra los latinos proceden del odio de Juno contra los futuros destructores de Cartago. Juno, pues, á quien los Cartaginenses tributaban un muy venerando culto superior al de todas las otras diosas, procura con-

seguir que Cartago domine en todo el mundo; sin embargo cuando oye decir que una raza procedería de sangre Troyana.

*Tyrias olím quæ verteret arces;
Hinc populum laté regem belloque superbum
Venturum excidio Libyæ.*

(EN. I. v. 20-22.)

«que andando el tiempo había de derribar las fortalezas tirias y que de ella vendría un pueblo dominador de muchos y dilatados imperios y soberbio en la guerra para la destrucción de la Libia.»

Y por este medio muy enemiga de Eneas y de sus compañeros, á quienes, combatidos en todos los mares, apartaba lejos del Lacio. La misma Juno, respirando rabia y envidia, lanza á Turno y á los Rútulos á la guerra contra los Troyanos. Por último vemos en todas partes á Juno armada de su poder de Reina de los dioses, trabajar como con mano fortísima contra Eneas y los Troyanos y tramando contra estos toda clase de contrariedades y la misma muerte. Por lo cual si toda la acción de la Eneida es el camino que conduce á Roma, no diremos que la fundación de Roma es el fin próximo de la acción y que Roma elevada á la más alta cumbre de la gloria es el fin remoto, cuando vemos que la gloria del pueblo romano es anunciada y predicha en otros lugares y especialmente en el vaticinio de Anquisés y en la descripción del escudo?

Dijimos al principio que en la Eneida brilla Roma entera. Y así es la verdad, porque cuanto debe concurrir á la integridad de Roma, hállase esparcido en la Eneida. En ella se refiere claramente el origen de Roma, cuya investigación y conocimiento deseaban sobre todo los antiguos; en ella se describen cada uno de los hechos gloriosos realizados por los Romanos en la larga serie de los siglos, especialmente la sumisión de Cartago y Grecia al poder de los Romanos; de tal modo que la Eneida parece ser la pintura hermosísima y vigorosa de las hazañas romanas y en ella por fin, se pinta no una vez ni en un solo pasaje la gloria espléndida del imperio romano bajo Augusto. Y no sólo se contiene esto en la Eneida, sino también las costumbres é instituciones romanas. Al leer, por ejemplo, en el libro V, los juegos propuestos por Eneas en honor de Anquisés, no nos parece que vemos los juegos de los Romanos más bien que los de los Troyanos? Esto en verdad bien lo da á entender el mismo Virgilio, al añadir á la narración de los juegos la siguiente cláusula:

*Hunc morem cursus atque haec certamina primus
Ascanius, Longam muris quum cingeret Albam,
Rettulit, et priscos docuit celebrare Latinos,
Quo puer ipse modo, secum quo Troia pubes,
Albani docuere suos: hinc maxima porro
Accepit Roma et patrium servavit honorem;
Troiaque nunc, pueri Troianum dicitur agmen.*

(EN. V. v. 596-602).

«Ascanio fué el primero que renovó esta costumbre, estas carreras y estos juegos, cuando cercó de murallas á Albalonga y enseñó á los antiguos latinos á celebrarlos, á la manera que él niño, los había celebrado y con él la juventud troyana. Los Albanos los enseñaron á sus hijos; de ellos los recibió después la gran Roma y conservó, el honor patrio y en la actualidad aquellos mancebos se llaman Troya y escuadrón troyano.»

Del mismo modo encontramos en la Eneida sacrificios, agüeros, religión, mitología y otras cosas de este género. Señálanse en ella el origen y el esplendor de muchas ciudades, y para decirlo en pocas palabras, de tal manera Virgilio pintó á Roma en la Eneida y tegió la historia romana en varios lugares y especialmente en la descripción del escudo de Eneas, que esta notabilísima epopeya es llamada el monumento más grandioso de las antigüedades romanas, y el conocimiento de Virgilio en la historia es tal y tan grande como puede exigirse ó esperarse de un historiador. De aquí puede inferirse cuan grata y simpática era para los romanos la lectura de la Eneida.

Qué diremos al ver que Roma aparece no sólo entera, sino grande en la Eneida?

*Tu, regere imperio populos. Romane, memento;
Hæ tibi erunt artes; pacisque imponere morem,
Pucere subieetis et debellare superbos.*

(EN. VI. v. 851-853.)

«Tú, oh Romano, acuérdate de gobernar los pueblos con autoridad: estas serán tus artes; imponer condiciones de paz; perdonar á los vencidos y rendir á los soberbios.» Estas palabras pronuncia Anquises en el libro VI, y Júpiter las siguientes en el libro primero:

His (Romanis) ego nec metas rerum, nec tempora pono;

*Imperium sine fine dedi. Quin aspera Iuno,
Quæ mare nunc terrasque metu cœlumque fatigat,
Consilia in melius referet, mecumque fovebit
Romanos, rerum dominos gentemque togatam.*

(EN. I. V. 278-282.)

«Yo no pongo á estos (los Romanos) límites á sus conquistas, ni plazo; les concedí un imperio sin fin. Hasta la áspera Juno, que ahora revuelve con espanto el mar, la tierra y el firmamento, vendrá á mejor consejo y favorecerá conmigo á los Romanos, señores del mundo y á la nación togada.» Pensamientos parecidos se encuentran á cada paso.

Esta noble grandeza de Roma consta primeramente desde el origen, al hacerla proceder de dos naciones muy excelentes, los Troyanos y los Latinos; hasta por las virtudes y preeminencias de los que fueron padres y fundadores del pueblo romano, especialmente de Eneas, Ascanio y Rómulo. Porque Eneas «origen del linaje romano» el piadoso y magnánimo Eneas, hijo de Venus y de Anquises, debe ser contado entre los dioses inmortales. El bellísimo Ascanio y respetadísimo del Padre (Júpiter) «segunda esperanza de la gran Roma» es presentado como amado de los hombres y digno de benevolencia. Finalmente Rómulo, que

Mavortia condet

Moenia Romanosque suo de nomine dicet.

«Levantará las murallas de Marte y de su nombre los llamará Romanos» debía figurar en el número de los dioses inmortales. Roma resplandece como grande por sus hechos y en particular por haber vencido y subyugado á Cartago y también por su gloriosa magnificencia bajo Cesar y Augusto:

*Nascetur pulchra Troianus origine Caesar,
Imperium Oceano, famam qui terminet astris,
Iulius á magno demissum nomen Iulo...
Aspera tum positis mitescunt saecula bellis.*

(EN. I. V. 286-288... 291.)

«Nacerá Troyano de esta noble generación Cesar Julio, nombre derivado del gran Julo, y llevará su imperio hasta el Océano y su fama hasta las estrellas... suspendidas las guerras se amanarán los ásperos siglos.»

Y de Augusto dice Anquises en el libro VI:

*Hic vir, hic est, tibi quem promitti saepius audis,
Augustus Caesar, Divi genus, aurea condet
Saecula qui rursus Latio regnata per arva
Saturno quondam, super et Garamantes et Indos
Proferet imperium.*

(EN. VI. v. 791-795.)

«Ese, ese es el héroe que sabes te ha sido tantas veces prometido, Augusto Cesar, hijo de Dioses, el que instaurará por segunda vez los siglos de oro en el Lacio, en los campos gobernados antiguamente por Saturno, y extenderá su imperio más allá de los Garamantas y de los Indios.»

Por último, Roma figura y brilla grande por la protección divina que providencialmente la ha destinado á ser señora de todo el orbe después de haber vencido á sus enemigos, y «suspensas las guerras la edad de oro comenzaría en todo el mundo, apareciendo una nueva serie de siglos; una nueva raza descendería del alto cielo, nacería Jesucristo. Virgilio, pues, como si presagiara, introduce á los dioses compadeciéndose de los infortunios de los hombres. Así, por ejemplo, dice en el libro X al narrar la guerra entre los Rútulos y los Romanos.

*Di Iovis in tectis iram miserantur inanem
Amborum, et tantos mortatibus esse labores.*

(EN. X. v. 758-759.)

«Los dioses congregados en la morada de Júpiter se conducen de la vana ira de unos y otros, y de que estén reservadas á los mortales tan grandes miserias.»

De lo expuesto resulta esplendidísima en la Eneida la gloria del pueblo romano, la cual cuanto más remota y admirable se anuncia—en Júpiter, Anquises, en el escudo—mayor aparece, y mayor deleite producía en los romanos que leían la Eneida.

Es pues Roma el objeto, el fin y como el alma de la Eneida, y puesto que su gloria había de ser grandísima en el reinado de Augusto, no es extraño que Virgilio cante, como autor de la paz, á Augusto, de quien tantos favores había recibido.

Qué grande y qué noble debe ser apreciada la Roma cristiana, en cuyo honor, como fundamento de un magnífico templo, Dios Optimo Máximo ha levantado aquella Roma celebrada por Virgilio en la Eneida!

F. FRANCO Y LOZANO.

LA CAPILLA DE LOS HUESOS

Había oído hablar de la capilla de Campomayor.

Es éste un pueblo portugués cercano á la frontera, ilustre en su abolengo español.

La historia, al relatar disgustos y separaciones de dos hermanos iberos, nos habla de los linderos de las dos casas. Por la parte de Extremadura baja, Olivenza quedó en Portugal, y Campomayor en España. Pasado tiempo, otros hombres descontentos con esta repartición, cambiaron la nacionalidad de los dos pueblos, y Olivenza quedó en España y Campomayor internóse en Portugal.

Y ya con estas noticias que por muy sabidas cuéntotelas, amable lector, doy comienzo á mi breve peregrinación macabra que solo tuvo el milagro sedativo de interrumpir unas horas, esta vida simple é igual, tan seguida como un camino largo.

De Badajoz á Campomayor hay una vereda que bordea unas lomas y termina en la carretera lusitana á tres kilómetros del pueblo. Habían precedido días de lluvia al de nuestra marcha y la diligencia se bandeaba sobre los baches como barca en temporal.

Gazpar, el cochero, azuzaba con la boca y el látigo á los ballejos y dos veces saltó del pescante á espabilar al jamelgo blanco parejo de la mula, y no volcamos, gracias á Dios y á la mula y á la sabiduría de Gazpar.

La tarde era desagradable. Brillaba el sol empañado por un celaje lechoso y las tierras pardas como viejos capotones portugueses, verdeaban á modo de retazos senaras, como primicias de una cosecha en flor.

El paisaje era una sucesión de blandas ondulaciones parecidas al sereno caminar de una ola mar adentro; y en las faldas, á uno y otro lado del camino veíanse extensas parcelas de olivares, alineados, simétricos. Bajo sus venerables copas cenicientas, tragiaban mujeres con faldas recogidas en forma de pantalón, y lábrriegos con sus gorros de lana verde ó sus amplios sombreros, vareaban las encinas y recogían la aceituna.

Al trasponer una cuesta, ya en la carretera, vimos asomar poco á poco la torre de la Iglesia, y desde lo alto, divisamos el oscuro cerco de la muralla cuyas aristas aprisionan al pueblo de casas blancas, pueblo mísero con pretensiones de plaza fuerte, como cualquier fidalgo portugués.

Momentos después penetrábamos en el pueblo por uno de los portillos de la muralla y á través de varias calles en cuesta, llamando la atención de las pueblerinas que nos miraban con cierto recato asomadas á las ventanas, llegamos á la posada.

Un rapaz portugués de cicerón nos condujo á la «Capella dos ossos», pequeño edificio enjabelgado de cal, junto á la Iglesia «Nuova» separado por un patizuelo de losas grandes y lavadas.

Empujamos el estrecho portón, oímos la voz de un chiquillo y poco después una vieja sonando llaves descendió por una escalera empinada y lóbrega.

Del estrecho zaguan salimos á un patio cubierto por un parral y la guardiana hizo rechinar una puerta manchada de almazarrón. Bajamos tres peldaños y de improviso me ví envuelto en una penumbra amarillenta, rodeado de calaveras de negras cuencas, preso en un recinto de paredes y bóvedas recubiertas de huesos humanos.

Los cráneos en línea unidos con barro formaban el zócalo alto y encima, tibias y femur á millares, juntos muy juntos, hacían fantásticos y macabros dibujos. Las aristas curvadas de las dos bóvedas estaban también formadas de calaveras.

Había un mísero altar y tres hornacinas sostenían dos esqueletos y una momia de cuyos huesos pendían trozos semejantes á tierra negra y húmeda mezclada con raíces.

Me invadió una sensación de miedo. No podía ni sabía pensar.

Aquellos ahujeros negros donde hubo ojos y bocas colocados en fila, atraían mis pupilas: era en la soledad de la estancia como una sinfonía de notas lúgubres.

Aquella inmovilidad, el barro que sostenía apretadas las calaveras y un cráneo vuelto del revés con la curva afilada del occipucio hácia delante crispaban mis nervios y sentía una impresión torturante del vacío, de la nada.

Por una ventana baja llena de telarañas filtrábase la luz triste de la tarde que en aquel recinto se descomponía en tonos verdes y resbalaba sobre aquella huesa de color amarillento, terroso. ceniciento, besando alguna frente pelada y ennegreciendo los ángulos del fondo.

La vieja dijo en voz baja algunas palabras que se helaron al salir de sus labios flacios. La miré y me pareció un cráneo desprendido del zócalo, envuelto en un mantón raído; sus ojos blanquecinos apenas tenían vida.

Aquellas paredes pesadas me aprisionaban, el techo y los flancos parecían disminuir amenazando hundirme, aplastarme. Era una terrible pesadilla.

Aún me atreví á coger una tabla apoyada sobre los cráneos del ventanal y leer unas palabras pintadas que decían así: «Nos ossos que aquí estamos pelos vossos esperamos.» Algo egoistas parecióronme las palabras; pero en fin, era verdad.....

Nadie nos supo decir la leyenda de aquel raro capricho. Ni la vieja guardiana de la triste capilla, ni el administrador á quien visitamos después.

Era este un portugués viejo y rechoncho como un sochantre, sordo como el recinto que administraba y además tartamudo. A fuerza de voces, solo supimos que la capilla databa del año 1513.

¿Quién fuera el arquitecto del fantástico recinto?

Quizá un D. Juan, ignoto, español y gallardo como el de Tirso ó el de Zorrilla; quien sabe si algún pobre visionario, atormentado con la idea de la muerte. Acaso un nuevo Fausto hizo esta vivienda para pactar el juramento con Satán ó el genio de Shakespeare en esta capilla dió á las generaciones su Hamlet inmortal: «Ser ó no ser. Esta es la cuestión».

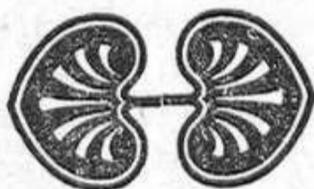
Nadie lo sabe.

A la salida del pueblo, después de andar un trozo de camino montamos en la diligencia. Los campos estaban envueltos en el silencio y la oscuridad de la noche. Las luces rosa de poniente

íbanse apagando, apenas blanqueaban las paredes albas del cementerio, y en las sombras erguíanse las copas afiladas de los negros cipreses semejantes á centinelas misteriosos.

Era monótono el cascabeleo y el rodar del coche. En mi cerebro veía el interior de la capilla con la atormentadora fijeza de las imágenes que deseamos olvidar. Gazpar gritaba animando á las caballerías, y poco después, satisfecho de su mando dejó escapar una canción al viento en la quietud de la noche. A la luz incierta del farol á través de los cristales, lo veía sentado con orgullo sobre la manta del pescante, alegre de su suerte y de la vida.

ENRIQUE SEGURA.



TRISTEZA DE INVIERNO

Yo no sé lo que me pasa,
¡pero tengo un sentimiento ...

Cuando el crepúsculo vago
tiñe de púrpura el cielo
llenando todo el ambiente
de la nostalgia del tiempo,
y sube niebla del valle
y cae en el valle silencio,
y en el campo enrarecido
reina la paz del misterio,
y envuelta entonces en niebla
muere la tarde de invierno,
yo no sé lo que me pasa
¡pero tengo un sentimiento!...

¡Qué tardes estas, Dios mío,
para los gozos supremos,
para los grandes amores,
para el hogar y el ensueño!
Tardes de intensas bellezas
é indescifrables secretos
cuya agradable poesía
sólo se siente en los pueblos!

¡Ay! en las tardes heladas
yo tengo tristes recuerdos:
cuando la paz del olvido
gozo al calor del brasero
y siento vaga alegría
por el amparo que tengo,
pienso en los seres que sufren,

pienso en los pobres enfermos,
pienso en los niños sin padres,
en esos ángeles bellos
que se calientan las manos
con el calor de sus pechos.
¡Me da una pena tan grande
ver esos niños hambrientos
buscando amor para el alma,
calor y pan para el cuerpo,
sin tener pan, ni cariños,
ni una manta, ni un brasero!

Serafin de la inocencia,
el de los rubios cabellos,
y el de las alas muy blancas
y el de los ojos muy negros,
¡no abandones á estos niños
en esas tardes de invierno!

—
Yo ya no soy tan sensible
como lo era en otro tiempo;
la costumbre de las penas
me ha borrado el sentimiento
y ni mi historia perdida,
ni mis amores ya muertos,
ni los hombres, ni las cosas
me dicen nada... ¡no siento!
Pero en esas tardes grises...
cuando un crepúsculo yerto
tiñe el borroso paisaje
de la tristeza del tiempo,
y hay humedad en el campo,
y hmo en las calles del pueblo,
y en el ambiente poesías
y en ella amores y ensueños
y envuelta entonces en brumas
muere la tarde de invierno,
yo no sé lo que me pasa,
¡pero tengo un sentimiento!...

ANTONIO REYES HUERTAS.

AÑO NUEVO

CRÓNICA

¡Año nuevo! Un caudal de esperanzas después de un turbión de desengaños.

Nada hay tan característico de la vida como el mudar, y el mudar continuado genera el tiempo. Los descontentos de hoy, que son legión, desean el cambio creyendo en el término seguro de sus males. Entre el fin de un año y el comienzo del siguiente imaginamos todos un jalón demarcador de una nueva era en nuestra existencia.

Atrás quedan los campos que hemos labrado, mosaico de haras germinadoras y de ortigosos breñales; bajo nuestros pies, un páramo repelente, y en perspectiva la inmensidad de lo desconocido que nuestras ansias siembran de pensiles y decoran, caprichosas, con las flores embalsamantes de la ilusión. Bien habló el poeta cuando dijo que todo tiempo pasado fué mejor, pero hubiera completado la verdad añadiendo que todo tiempo futuro parece óptimo. Consideramos el porvenir como un filón inagotable de bienes, ciegos para la ganga é imprevisores para la escoria.

El espejismo del desierto promete lagos donde solo hay arena calcinada: el espejismo de lo futuro en la vida promete apagar nuestra sed de felicidad en donde solo se nos han de aparecer, sin la ayuda de la previsión, nuevos obstáculos que enardezcan la lucha.

Y entre tanto, el tiempo tira años en el infinito como el árbol tira hojas en el espacio, sin que para nosotros haya primavera de

reverdecimiento, y ansiosos de lo incierto del mañana, nos aproximamos veloces á lo único seguro del porvenir, al día ineludible de la muerte. Somos como el jugador que después de perder mucho, concentra toda su fé en los envites venideros, cual si la adversidad fuera ya imposible y sin que su esperanza se quebrante por la repetición de los golpes adversos, llega al momento de conquistar la verdad evidente de que el bolsillo se agota más pronto que las ilusiones. Cada pérdida parcial fué una recta efectiva de su haber. Cada año que transcurre es un fragmento de vida que no vuelve. Su paso debía arrancarnos llanto de amargura como tributo á lo irremediable; pero somos pródigos impenitentes del caudal de la existencia que no guardamos sentimiento por lo gastado y ponemos alegre empeño en consumir pronto el futuro desconocido.

No me domina ni quiero reflejar una impresión de excepticismo. El cronista rendirá culto á la efigie de la esperanza levantada sobre el altar del trabajo en el templo de la regeneración. Ve los males de la confianza ciega en el porvenir, causa frecuente de apatías enfermizas y de ilusiones enervantes; abomina la creencia estulta de que lo desconocido, porque no aportó aún impresión de contrariedad, ha de producirla forzosamente de placer y halago; censura el afán de alcanzar como generosa ofrenda del futuro aquello que solo debemos prometernos como premio de un esfuerzo previsor.

Reiríamos del labriego que abandonando su campo confiase en llenar sus graneros con la cosecha que le deparase el verano por solo el cambio de citaciones y el transcurso del tiempo.

Echar la semilla y cultivarla con discreta oportunidad, es predisponer las contingencias innotas en favor de un buen agosto. Buscar enseñanzas en el pasado para enmendar nuestros errores (¡quien no los ha tenido!) y ordenar la actividad consciente hácia el bien que apetecemos, es requerir con eficacia el advenimiento de los sucesos faustos, de las gratas horas y de los alegres días. Sansón tuvo fé en la caída del templo, pero no prescindió de empujar la columna. Esperemos las rosas después de haber plantado el esqueje y no confiemos en que las nubes han de ofrendarnos por méritos de azar una hermosa lluvia de flores.

Si hay algún talismán con virtud para influir en el reparto de los sucesos futuros, solo en nuestra voluntad podemos hablarlo. Sea aplaudido el cambio cuando lo hacemos avanzando por el

camino sin fin de la perfectibilidad, porque entonces el tiempo, testigo de las mudanzas, será también nuestro generoso bienhechor.

Busquemos consuelo á la pérdida del que se aleja hundiéndose en el pasado mediante la disposición de ánimo, donde moldeamos los auspicios de lo venidero.

El lenguaje popular da á estas ideas una expresión exacta y sencilla, con méritos de enseñanza valiosa.

Año nuevo, vida nueva.

LUIS HERMIDA.

SOBRE EL "TEATRO NACIONAL,"

Como si fueran pocos los monopolios y centralizaciones y hegemónicas y hasta dictaduras, unas oficiales, otras officiosas y otras consuetudinarias, que Madrid ejerce en España, se trata ahora de elevar á institución legal la dictadura que viene ejerciendo la coronada villa sobre el arte dramático en España.

Y si al menos este arte hubiera ganado mucho con esa hegemonía á que nos referimos, todavía, si no justificarse, al menos quizá pudiera disculparse, la pretensión que envuelve el intento de instituir el llamado «Teatro nacional», pero á la vista están los progresos que va haciendo el arte, mientras más se aprietan los tornillos de esa dictadura que ha llenado la escena de chulos, groseros y *timos* indecentes, haciendo de la hermosa lengua castellana una selva de equívocos indecorosos, y engendrando un tedio creciente hacia los espectáculos escénicos que mueve al público, saturado ya de mal gusto y depravación estética, á buscar más fuertes incentivos de baja sensualidad en las lupanarias impudicias francesas de los *concerts* y *varietés*.

Todos estos son los triunfos de la hegemonía artística de Madrid en materia teatral, y sin duda por eso tiende á elevar esa hegemonía á la categoría de institución oficial.

Todavía no está aceptada y consagrada la idea más que en principio, pero por lo que dicen los sabidos críticos y revisteros de teatro de los periódicos de Madrid en las prolijas columnas de prosa maciza que han dedicado al asunto, se puede colegir, punto más punto menos, lo que va á ser ese engendro que han concebido estos sabidos periodistas de la corte, acostumbrados á disponer en las cosas de España como si se tratara de los asuntos de su propia casa.

Será esa institución un teatro que á todo lujo constituirá el Gobierno, y que estará bajo la dirección de unos cuantos inmortales consagrados para hacer y deshacer cuanto se les antoje en punto á elección y organización de artistas y á la admisión de obras.

Pero lo más importante de esto es ese consejo ó junta ó directorio ó como se la llame, no tendrá facultad para emplear criterios restrictivos en cuanto á las tendencias de las obras, en cuyo aspecto el teatro nacional será tributo libre para todo género de ideas y de orientaciones.

Por tanto sus facultades omnímodas versarán solamente acerca del mérito artístico de las obras; es decir, que una obra podrá defender el amor libre, apuntar contra el principio de autoridad, contra la propiedad ó contra la religión y su moral; pero en eso no podrá ponerse cortapisa ni límite alguno, sino que se limitará ese Consejo á juzgar sobre el mérito artístico ó literario, claro está que con arreglo á su particular criterio, y sin ese *exequatur* no pasará ninguna producción «de las musas al teatro» ni en las horas veinticuatro que dijo el poeta, ni en los siglos de los siglos.

Con estos datos puede ya juzgarse lo que se puede esperar de esa institución que empiezan á considerar sus corifeos, antes que nazca, como regeneradora y salvadora del decadente teatro español.

Como se ve, toman, según la costumbre moderna, las cosas al revés; se comprendería que se creara ese Consejo, no solo en Madrid, sino en todas las poblaciones de España, para evitar que se convierta al teatro en letrina de indecencias y tribuna de extravíos políticos y sociales, que es lo que más segura y realmente se puede juzgar *á priori* en las obras dramáticas; pero precisamente para eso es para lo que no va á servir ese Consejo director del Teatro nacional, sino para apreciar aquello que sólo el público suele juzgar con acierto, que es las condiciones artísticas del drama.

Lo que puede esperarse de este procedimiento, no necesitamos cansarnos en buscar pruebas que lo demuestren; basta recurrir á la historia, que tan obvias ofrece las lecciones que lo demuestran.

Nihil novum sub sole dijo el poeta, y la verdad es que tam-

bién en este caso puede aplicarse la frase, que se ha elevado ya á la categoría de aforismo.

Esto ya, en forma diferente, pero con bastante parecido en el fondo, ha existido antes de ahora.

Había nacido el teatro español puro y lozano, desprendiéndose de la placenta de los juglarescos juegos de escarnio y los complicados y simbólicos *misterios* desarrollándose ingénuo y risueño por la pintoresca é intrincada selva que, arrancando de las audacias maravillosamente geniales de La Celestina é ingénuamente apacibles y sencillas de Juan del Encina y Lucas Fernández se dilata por los profundos atisbos de Torres Naharro y de Gil Vicente y la profusa vegetación, inculta y desmarañada, pero alegre y triunfante de las desnudeces festivas de Diego Sánchez, los atrevimientos de Romero de Cepeda, los sentimentales esparcimientos, atildados ya de Carvajal y de Miranda, los inagotables donaires de Lope de Rueda y sus discípulos Cuevas y Timoneda, para llegar al opulento y gigantesco y maravilloso bosque de Lope de Vega, y el inmenso campo fértil y esplendoroso de Tirso; y casi hasta allí el teatro anda desgajado pero libre y audaz y harapiento entre los cómicos ambulantes que se organizan en aquellos *bululúes*, *ñaques*, *gangarillas*, *farándulas* y demás amposas caravanas artísticas cuyo miserable *attrezzo* describe tan regocijadamente en su festivo viaje entretenido el espíritu socarrón de Rojas.

Por estos pintorescos y difíciles caminos llega el teatro español á las cumbres, no vueltas á alcanzar de Lope, de Tirso, de Calderón, de Moreto, de Rojas y de Alarcón, constituyendo ya una fuente de ganancias en la corte que sirve para sostener los hospitales desde que en 1579 construyen estos establecimientos el teatro del Príncipe y el de la Cruz de cuyos rendimientos viven, hasta que á mediados del siglo XVII se compromete el municipio de Madrid á dar á dichos establecimientos una renta de 54.000 ducados, quedándose con la propiedad de los teatros.

Desde entonces comienzan las ingerencias famosas del corregidor, regidores de Madrid en la formación y dotación de las compañías y la institución del *autor*, que prosigue hasta principios del pasado siglo.

Sería largo de contar el camino que recorre esta ingerencia extraña en el teatro hasta parar en aquella famosa Junta de reforma del teatro, que finando el siglo XVII se constituyó con beneplá-

cito de Moratín, presidida por un díscolo general, cuyas intemperancias con el famoso poeta lo dejó tan curado de la afición á la Junta, que no volvió á ella ni ofreciéndole la presidencia á que más tarde lo llamaron.

Pero lo importante para nuestro asunto es la relación que tiene con el desarrollo y florecimiento del arte dramático esta tutela extraña al público, que es el único juez y árbitro en lo que al arte teatral se refiere en su aspecto puramente estético, y de cuyo estudio y observación se desprenden enseñanzas muy útiles para apreciar lo que puede esperarse de esta nueva pretensión de rodear al teatro de unos cuantos Aristarcos ceñudos y apergaminados para partear al genio nacional.

Desde que el municipio de Madrid adquirió la propiedad de los teatros de la corte comenzó cierta ingerencia, que se mantuvo en el orden administrativo y de régimen interior, como organización de compañías, innovaciones escénicas, etc. etc., hasta la entrada del siglo XVIII; pero de aquí en adelante comenzó, mejor dicho, prosiguió su desarrollo esa tendencia á sojuzgar el teatro á una autoridad extraña.

Esta tendencia, aunque parezca raro, fué impulsada, como lo es ahora también, por los propios literatos, y la razón no está muy oculta. El viento del neoclasicismo francés había agostado todas las lozanías del espíritu español en la literatura, y ésta estaba entregada á aquellos literatos, escépticos y atildados, pero secos de espíritu y de inspiración, que consideraban imposible realizar la belleza fuera de los cánones de la poética semimecánica de Vaileau, y se pasaban la vida anatematizando á todo el glorioso teatro del siglo anterior empeñándose en entronizar en la escena española las áridas lucubraciones de sus musas macilentas y rígidas que apenas lograron concebir algún engendro robusto y jugoso.

Es verdad que el pueblo no les hacía caso, y mientras los sabios, sobre todo desde que en 1737 Luzan tiró la primera piedra contra Calderón, en su famosa Poética, se desbordaban en execraciones contra el antiguo teatro llamándolo bárbaro, absurdo y disparatado, el público proseguía llenando los teatros, cuando María Ladvenant, aguantando el chaparrón de censuras de los eruditos, se dejaba de la *soprhosine* comedida y prosaica que ellos consideraban el último grado de perfección declamatoria,

para entregarse á los arrebatos pasionales que tan bien sientan en los brillantes lirismos del teatro del siglo XVII.

Esto sacaba de quicio á los eruditos Aristarcos que se pasaban la vida traduciendo ó refundiendo tragedias extranjeras que nadie más que sus respectivos cenáculos apreciaba, ó se decidían á producir obras tan peinadas y frías como la *Virginia* y el *Ataulfo* de Montiano, la *Lucrecia* y la *Petimetra* de D. Nicolás de Moratín que ni siquiera logran llegar á las tablas escénicas como otros numerosos engendros que servían de encanto intelectual en los salones de aquellos aristócratas *dilettantis* reproduciendo el caso de las tragedias de la decadencia romana que no aspiraron ya á más triunfo que al del aplauso de los amigos y contertulios á quienes el autor las leía en la imposibilidad de llevarlas al teatro.

Tomaban aquellos desairados eruditos el desquite en sus libros y prólogos y revistas bombeándose mutuamente hasta lo indecible y mirando desdeñosos al vulgo bárbaro é inculto, incapaz de ponerse á la altura estética necesaria para saborear la exquisitez de aquellas producciones, mientras se refocilaba, grosero, con los disparates monstruosos de Lope, los ingeniosos desatinos de Calderón, las groserías de Moreto ó los logogrifos gongorinos de Rojas; según decían desde su empinada cúspide de repulido clasicismo los afrancesados ingenios de la corte.

Pero no quedaban, como es natural, satisfechos con estos desahogos teóricos que realmente en poco ó en nada les resarcían de la derrota constante que el público les hacía sentir con su tenaz repulsa, solo suspendida cuando se le ofrecía alguna creación de castizo abolengo español y vibrante entonación pasional, como la del extremeño García de la Huerta, cosa que enfureció á los Montianos, Nasarres, Trigueros y demás Aristarcos del siglo hasta el extremo de poner al díscolo é irascible hijo de Zafra á dos pasos de la locura á fuerza de sátiras y truculentas invectivas, y aprovechando el valimiento que en las altas esferas oficiales tenían entre aquella aristocracia volteriana, enciclopedista y antiespañola que capitaneaba el conde de Aranda, consiguieron dar al corregidor atribuciones más amplias con el título de «Protector de teatros» que todavía no satisfizo á Moratín, creando la famosa Junta para la reforma del teatro de que ya hice mención, mientras lograban que el famoso conde en el 1761 prohibiera la representación de los autos sacramentales y que, años más tarde se prohibieran las de *La vida es sueño*, *El Príncipe*

constante y El Gran Príncipe de Fez. Y lo más notable es que la razón en que apoyan aquellos ministros escépticos y ateos y aquellos literatos enciclopedistas la prohibición de los *autos* es ¡el respeto á la religión!... Más explicable era en ellos, aduladores serviles del absolutismo borboniano del hipócrita Carlos III, la prohibición de *La vida es sueño* «porque hay en ella una rebelión triunfante» y sobre todo *El Gran Príncipe de Fez* donde Calderón había hecho la glorificación de la Compañía de Jesús, blanco de los odios de aquella aristocracia de beatos escépticos.

Pero, aparte las consideraciones á que esto se presta en otros órdenes, ello basta para explicar las grandes ventajas que se obtienen de dejar á los Quitilianos rugosos y encopetados que sean los que señalen rumbos y pongan los hitos que han de seguir las creaciones artísticas.

Hemos dicho antes que ni por esas consiguieron tener al público de su parte, pero lo que no es negable es que esto influyó profundamente en la esterilidad y extravío de la inspiración dramática, como lo demuestra el hecho de que los ingenios de buena cepa, si los había, asustados con los anatemas y diatribas de los eruditos y temiendo sus rechiflas, no se atrevían á producir, ó desistían, ante la imposibilidad de penetrar en los altos círculos literarios, si no se ceñían la estrecha casaca del preceptismo francés que tan estrecha venía á la lozana y exuberante musa española, ó se avenían á sufrir el calvario de Huerta y la humillación de limitar sus aspiraciones á recibir ovaciones de los *chorizos* en el Príncipe, los *polacos* en la Cruz ó los *panduros* en los Caños del Peral, que era como se denominaban los bandos entusiastas de cada uno de estos teatros.

Así fué que, combatido cada día con más saña por la Junta reformadora del teatro, y por todos los consagrados eruditos que tenían de su parte hasta el fanático conde de Aranda, el glorioso teatro genuinamente español, el favor popular no bastó para defenderlo de aquella incansable persecución, que tuvo de su parte la falta de producción nueva que evitara el cansancio que pudiera producir la constante repetición de lo poco que la desidia de la última parte de la centuria anterior y las diatribas y persecuciones de la siguiente habían dejado en pie; y visto esto por espíritus de bajo vuelo y poco preocupados de los miramientos literarios, si á cambio de las rechiflas eruditas obtenían rendimientos pecunia-

rios, se dieron prisa á producir imitaciones ó monstruosas ó caricaturescas del teatro antiguo y se llenó la escena española de los esperpentos que se ocurrían á los caletres angostos de los Iparraquirre, Ibáñez y García, Solera y Mendieta, Vallés, Castro y otros, sólo conocidos y recordados ya como curiosidad bibliográfica, pero que lograron entretener á las multitudes deseosas de algo que se pareciera al buen teatro español, único que les satisfacía y del que se les había llegado á privar, gracias á la sabia censura de los competentes y sabios críticos que habían logrado imponerse.

Y mientras la musa teatral española sufría estos desmanes, y se veía desolada y maltrecha arrastrando vida tan desairada y triste entre ingenios de última fila y plebe bullanguera, los eruditos se invertían en traducir á Moliere, á Racine, á Metastasio y á Goldoni, para los suntuosos teatros de los sitios donde se divertía la afrancesada corte, y los favores oficiales se dedicaban á sostener las opulentas magnificencias escénicas con que el genio de Farinello disponía en el Buen Retiro las representaciones de las óperas de Metastasio, Goldoni y Pico de la Mirandela.

El conde de Aranda llegó en sus complacencias entusiastas para con la erudición afrancesada hasta crear aquella famosa escuela de declamación dirigida por un francés, por la que se hacía pasar á cuantos actores aspirasen á representar en los teatros de los Sitios.

Este fué el coronamiento de la obra que comenzó el famoso Conde cuando creó la magistratura de director general de los teatros de la corte, con la que invistió á D. José Clavijo y Fajardo, volteriano entusiasta educado en París y traído *ad hoc* de la capital francesa por el gobierno; el cual director apenas venido de París comenzó en *El Pensador Matritense* aquella famosa campaña contra el teatro español que se tradujo en las determinaciones arriba apuntadas, defendidas con todo entusiasmo por el despechado D. Leandro Fernández Moratín en sus famosos *Desengaños*, y contra las que nada valieron las sólidas razones que en folletos y revistas aportaron los denodados defensores del teatro español, que fueron calificadas por el malhumorado don Leandro de «carga cerrada de necios» entre las cuales se encontraba D. Juan Cristóval Romea y Tapia, cuyos artículos en el periódico titulado *El Escritor sin Título*, es lo único que se ha salvado de la saña con que persiguieron los eruditos á estos escri-

tos que tan despectivamente mencionan, pero que nos sirven para formar la idea favorable que debieron merecer.

La historia nos enseña, pues, que el teatro español nació, creció y llegó á los esplendores de una gloria tanto tiempo hace perdida y no vuelta á alcanzar; y que esto lo consiguió nuestro teatro sin tutelas doctas ni imposiciones de altos y eruditos criterios literarios de reputaciones consagradas, y hasta sin protecciones oficiales de ningún género, sino más bien entre los desdenes, cuando no malquerencias, de los poderes públicos, que sólo se limitaron á lo que real y legítimamente está dentro de su radio de acción con gran ventaja siempre para el arte y para la sociedad en que se mueve, al aspecto moral de las producciones y á sus tendencias doctrinales, terrenos extraños al arte, en que éste debe someterse á las leyes propias de ellos si no quiere perderse en perniciosas extravagancias y degeneraciones.

Y prueba de que este es el único terreno en que las limitaciones á la libertad del arte no impiden su desarrollo y florecimiento, lo es el que alcanzó nuestro teatro cuando la inquisición ¡la temible inquisición! tenía en nuestro país más influencia y valimiento.

Por fortuna están ya muy caídas en el descrédito aquellas airadas declamaciones contra las tramas de esta institución odiada, que tuvo por cierto la fortuna de ser contemporánea en nuestra patria de las más altas glorias que alcanzó el pensamiento español en todas sus manifestaciones.

Pero la inquisición, pese á todas esas declamaciones, se limitaba, respecto del teatro, á cortar las ramas enfermas, obstruir los caminos extraviados y atajar las invasiones del arte en los terrenos doctrinales que no le son propios, ó en las demasías que a quebrantar las normas rectas del orden moral, lo precipitan en las decadencias y enervamientos en que hoy se arrastra sin robustez y sin gloria.

Por eso fué posible que en su tiempo adquiriera el teatro nacional aquel vigor maravilloso, no superado por ningún otro teatro en ningún tiempo ni vuelto á alcanzar por el nuestro, debido en primer término á la libertad omnímota que en el terreno artístico disfrutaba sin más trabas que las discretas y oportunas indicadas y que fueron siempre tan parcas, motivadas y comedidas que apenas tuvieron otras manifestaciones que el veto á las desnudeces de *La Celestina* (tan fuertes y picantes aun para el enca-

lla do paladar moderno, si se tratase de un libro popular como entonces lo era ese), para algunas audacias de *La Propaladia*, escrita en un ambiente moral tan inferior al del pueblo español de entonces, y algunos otros excesos de tan gran crudeza como estos, pero que jamás llegaron á las mojigaterías de los escépticos preceptistas afrancesados posteriores, como lo demuestra el libre curso que tuvieron los atrevimientos de Lope y del mismo Calderón, las lozanías de Tirso y las audacias de Moreto.

No se suponga por esto negado ni desconocido el hecho de las controversias famosas que entre teólogos y moralistas se suscitaron durante el siglo XVI y cobraron gran ardimiento en el siguiente, sobre la licitud ó ilicitud de las representaciones teatrales, polémica que ya lo decimos no traspasaba la esfera del respeto moral de este género de esparcimiento público y que produjo algunas disposiciones gubernamentales atañaderas principalmente á las demasías de los representantes, como las de 1534 respecto á la honestidad de los vestidos, las de 1587 y 1596 referente á que las mujeres no representasen papeles de hombres, y las de 1598 prohibiendo «por ahora» las representaciones hasta que se pusieran reglas para evitar abusos todos de este orden; siguiendo luego la polémica durante todo el siglo XVII, en el terreno puramente doctrinal y sin producir nuevas disposiciones gubernativas de carácter general, y siempre circunscribiéndose todo á la esfera moral que hemos dicho, y sin invadir jamás el terreno artístico, dentro del cual se movía la inspiración de nuestro genio nacional con la más libérrima amplitud.

Es verdad que en el terreno literario tuvo aquella orientación glorificadora de nuestro teatro sus impugnadores y detractores, y de talla por cierto tan considerable como Cervantes, que llegó en su ardimiento contra el teatro de Lope hasta pedir nada menos «que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta... sin cuya aprobación, sello y firma, ninguna *justicia* en su lugar dejase representar comedia alguna... y de esta manera... aquellos que las componen mirarían con más cuidado y estudio lo que hacían» y ya sabemos por el repetidísimo razonamiento del canónigo sobre las comedias al fin de la primera parte del *Quijote*, y por la dura diatriba que pone en los últimos versos de su comedia *Pedro de Urdemelas*, cuál era el criterio que, para juzgar la bondad de las comedias, debía adoptar, según Cervantes, ese Aristarco que propone para el teatro, aunque al fin en *El Rufián*

dichoso se manifiesta enteramente partidario del teatro que había venido combatiendo siempre en la teoría é imitando, por cierto, en la práctica.

Pero, en fin, lo cierto es que estas pretensiones de coartar el desenvolvimiento literario y de someterlo á la discreción de los competentes consagrados, ni se mostraron más que en este caso, sin que afortunadamente se ocurriera á nadie atenderlas, ni pasaron del terreno de aquellas famosas y pintorescas zalagardas literarias en los díscolos amargados por las repulsas del público se desahogaban en diatribas truculentas como las del extremeño Cristóbal de Mesa, Rey Artiada y Suárez de Figueroa, mientras Lope y Tirso y Calderón y Rojas y los suyos seguían triunfando en el teatro, en el mundo y hasta en el tiempo después, lo cual bien seguro es que no hubiera ocurrido si hubiera escuchado el consejo de Cervantes, de que él mismo hubiera sido el primero en arrepentirse una vez puesto en práctica.

En cambio, llega el siglo XVIII con sus tiesuras, depuraciones y alambicamientos, y todo cambia, la pretensión de Cervantes se realiza más ó menos exacta y explícitamente, las *personas inteligentes y discretas* de reputación consagrada logran que los poderes públicos se entrometan en las orientaciones del teatro, con unos ó con otros pretextos, y ya no es por cierto la Iglesia, la cual se mantiene, aun entonces, en los límites de su acción legítima y nunca incompatible con las expansiones artísticas, como lo demuestran hechos como el de la generosa ayuda que en tiempos, en los últimos años del siglo, prestó el P. Enciso, censor de teatros, á la laudable campaña que en pro del antiguo teatro hizo D. Dionisio Solís, secundado eficazmente por Cencio Castrillón, sino que el conde de Aranda, que maldito lo que tiene de inquisidor es quien, unas veces con pretexto de religión, que tan sin cuidado le tenía á él, prohíbe los autos y otras obras calderonianas, y hace todos los esfuerzos á que su poderío le daba lugar, para someter al teatro al gusto y criterio de los competentes y eruditos de quien se rodeaba.

Los efectos de uno y otro procedimiento están á la vista; ahí está el teatro español del siglo XVII y el siglo XVIII, el uno libre y espontáneo como lo engendró el genio artístico de nuestros poetas, el otro dirigido y cuidado por la vigilancia esmerada de las grandes reputaciones literarias de su tiempo; pero aquel robusto y triunfante siempre y recibiendo los homenajes de la ad-

miración de todo el mundo, sin que se marchiten sus glorias cada día más lozanas, y el otro empolvado y escondido en el fondo oscuro de las bibliotecas esperando la mirada desdeñosa y el hojear de los eruditos que venciendo el tedio lo examinen como curiosidad histórica.

J. LÓPEZ PRUDENCIO.

(Continuará)

BIBLIOGRAFÍA

Historia de la Arquitectura Cristiana Española en la Edad Media según el estudio de los elementos y monumentos, por Vicente Lamperez y Romea, arquitecto.

Obra premiada en el V concurso internacional «Mactorell». Barcelona 1906, Tomo 2.º ilustrado con 590 planas, fotografías, mapas y dibujos.—Madrid. Blass y Compañía 1 vol. gran fol. «*De Libros* por el Conde de las Navas. —Tercer limón de la Biblioteca amarilla y verde.—Madrid-Fortanet-1 vol. 8.º

Grata impresión produce en el ánimo de los que se interesan por la difusión de los estudios artísticos, ver, que, no obstante, la falta de protección de los poderes públicos y de las corporaciones que podían eficazmente prestarla, y que en medio de la general indiferencia, resultado de nuestra falta de cultura, que en todas las clases sociales se aprecia, haya todavía quienes sin esperanzas de galardones ni de lucros y sin otros estímulos que el más ferviente entusiasmo, acometen difíciles y penosas empresas y acometen trabajos verdaderamente colosales, dentro de la esfera intelectual, movidos, tan sólo por la íntima complacencia que produce la realización del más alto y más noble de los ideales humanos; el de practicar el bien, por el bien mismo.

Esto es, precisamente, lo que de manera indiscutible nos revela el Sr. Lamperez con la publicación de su monumental libro. Su férvido entusiasmo por el arte unido al deseo vehementísimo, de dotar á su patria de una obra cuya falta hacía notar con menoscabo del concepto de nuestra cultura, hízole concebir su plan vastísimo, el cual ha tenido la inmensa satisfacción de ver realizado de manera tan brillante, que ha merecido el aplauso unánime especialmente de los arquitectos y arqueólogos naturales y extranjeros, y de cuantos se interesan por el adelanto de la historia y de las artes.

Basta sólo hojear el voluminoso infolio, para apreciar seguidamente que su autor forma plaza en la pléyade de los sabios; pues, sin una suma extraordinaria de doctrina no pueden concebirse ni realizarse obras de tal magnitud, porque necesitan del concurso de múltiples conocimientos, poseídos profundamente, no á la ligera, y esto solo se llega á obtener con singular perseverancia, consagrandó á la empresa además de todos los desvelos y de todos los sinsabores que lleva consigo la visita á parajes abruptos, á miserables aldeas, á pueblos faltos hasta de lo más indispensable, las titánicas energías de un gran espíritu.

Para consolidar la envidiable reputación de que tiempo hace gozaba el Sr. Lamperez, no era ciertamente necesario un esfuerzo tan sobrenatural de su voluntad, de su entusiasmo y de su saber: y hoy ya los españoles podemos envanecernos de poseer una historia metódica y concienzuda del arte arquitectónico cristiano desde el siglo IX al XV que nos permite conocer de raíz el desenvolvimiento de aquellas construcciones, las cuales, naciendo de los más humildes orígenes, fueron paulatinamente desenvolviéndose á través de los siglos, ofreciéndonos peregrinos modelos de las diversas influencias extrañas ejercidas en desconocidos y humildes obreros y maestros que desde las Asturias hasta las Castillas poblaron el Norte de España de un sin número de catedrales, colegiatas, monasterios y santuarios, en cuyos sillares, siempre resplandece la vida, el espíritu nacional, combinado con las enseñanzas extranjeras.

¡Y qué modelos tan raros, tan peregrinos ha logrado encontrar el Sr. Lamperez escondidos en sitios y rincones ignorados, entre las fragosidades de las sierras de Navarra, de Asturias, de Aragón y de Castilla! de todos ellos nos ofrece fieles reproducciones fotográficas, acompañadas de sus plantas, y en ocasiones de sus alzados, á cuyos gráficos, unido el estudio sobrio, sencillo y al par científico, consigue el autor que sus lectores formen exacta idea del monumento.

Para satisfacer aún á los más exigentes hace gala el Sr. Lamperez de rara erudición, manifestada por medio de notas bibliográficas de los monumentos, de que otros autores, antes que él hubieron tratado; estudios que diseminados en boletines, revistas y monografías no es fácil conocer; y que tanto importan á los que por necesidad, por afición, tienen alguna vez que tratar de alguno de esos raros monumentos.

No hemos de encarecer la conveniencia de la adquisición del magnífico volumen, cuyo precio es relativamente de poco costo, singularmente á los arquitectos y arqueólogos, á bibliotecas públicas y particulares, de Institutos religiosos y profanos y á cuantas corporaciones se interesan por el fomento de la cultura nacional.

Antes de terminar enviamos nuestras más calurosas felicita-

ciones al docto, cuanto modesto arquitecto Sr. Lamperez, no sólo por el honrosísimo premio alcanzado en el Concurso Martorell sino por la realización de un trabajo que al revelarnos sus energías y entusiasmo, nos promete aún otras pruebas de su amor al arte nacional que acreditarán á los venideros las escepcionales dotes del ilustre arquitecto español.

* * *

Al ya largo catálogo de las obras de erudición y ámenidad que lleva dadas á luz el ilustre Bibliotecario mayor de S. M. el señor Conde de las Navas, hay que añadir la de un precioso librito formado por nueve artículos, cuyos epígrafes manifiestan claramente la índole del volúmen á que nos referimos, intitulado *De Libros*, los cuales copiamos para que el lector forme exacto concepto de las materias tratadas: *Amigos y enemigos del libro*, *Nota de XLIX impresos sobre amigos y enemigos del libro*, *Aviso á los lectores*, *El tamaño en el libro*, *Libros españoles de sastrería*, *Plan de un libro*, *Sobre la venta de libros con Dedicatorias autógrafas*, *De la encuadernación*, *Noticia de 203 impresos que tratan de encuadernación y encuadernadores*. Bastan sólo los citados epígrafes para persuadirse que el libro del Conde de las Navas es un ramillete de curiosidades bibliográficas, fruto de una singular erudición, alcanzada, solamente, con perseverante trabajo, estimulado por un gran cariño hácia cuanto se relaciona con los mejores amigos del hombre, con los más eficaces y grandes propagadores de la cultura general en todos los tiempos.

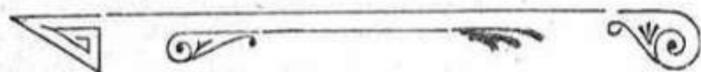
Su lectura no sólo importa á los bibliófilos y bibliógrafos, sino á toda persona culta y de buen gusto literario que pretenda no perder su tiempo, pues la forma amena con que el Conde expone los asuntos distrae y complace, instruyendo de paso al lector en un género de conocimientos, patrimonio de escasos aficionados, con lo cual se propagan aquellos y por tanto prestan un buen servicio al público en general.

Muchos libros de esta índole nos hacen falta, con los cuales se difunde la instrucción en ciertas materias, hasta para las personas que no carecen de aquella, pues éstas, cuando ven un infolio se asustan, y en cambio aceptan sin recelo el libro pequeño, cuya lectura no les trae la pérdida de tiempo, que cuentan para sus quehaceres.

En tal concepto recomendamos á nuestros lectores el libro del Conde de las Navas, seguros de que al conocerlo, verán las justas apreciaciones que de él hemos hecho.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

Legajo



Nuestro estimado amigo y colaborador D. José López Prudencio ha hecho renuncia del acta de diputado y ha dejado también la dirección del *Noticiero Extremeño* para dedicarse más de lleno á las tareas de la enseñanza en el importante colegio que dirige, según nos manifestó el citado colega. De público se dice que intriguillas políticas á las que no ha querido doblegarse, han obligado al Sr. López Prudencio á tomar esta actitud que todos aplauden no solo por la nobleza y gallardía que revela, si que también por el sacrificio que supone. Si estos rumores son ciertos, nos alegramos de esta actitud por el Sr. López, á quien nos unen lazos estrechísimos de amistad, y después lo felicitamos efusivamente como periodista, por el alarde de independencia que revela; pues teniendo el Sr. López Prudencio muchos méritos para ocupar aquellos cargos, á ellos llegó solamente por sus campañas en los periódicos recibidas, con aplausos en muchas ocasiones; porque López Prudencio es ante todo y sobre todo periodista. De todos modos, sin entrar en otro género de consideraciones que no encajan en la índole de esta Revista, creemos que el Sr. López Prudencio deja en *Noticiero Extremeño* un vacío grande y difícil de llenar. Nuestro querido amigo nos dedicará ahora más atención, y las columnas de ARCHIVO EXTREMEÑO se honrarán frecuentemente con su valiosa firma. Esto vamos ganando todos.



Dos periodistas de Madrid, D. Eduardo Roson y D. Antonio F. Lepina, redactores de *El Liberal* y de *El Imparcial* respectivamente que han pasado entre nosotros una temporada no corta, han publicado en aquellos periódicos varios artículos, muy bien escritos por cierto, acerca de carreteras, ferrocarriles secundarios y estratégicos, cajas rurales, industria corcho-tapenera, transportes etc., todos de gran interés para la región extremeña. Estos señores que nos han honrado con su amistad, se proponen emprender con entusiasmo una campaña activa acerca de tan importantes problemas y nos han ofrecido algunos artículos con las impresiones que les ha causado esta tierra por la que sienten grandes simpatías. En ella han dejado los señores Roson y Lepina gratos recuerdos y muchas y sinceras amistades.

BALDUQUE.

Por no haber recibido oportunamente los documentos históricos que habían de ser insertos en el pliego correspondiente á este número, nos hemos visto obligados, contra nuestros deseos, á retrasar la salida del mismo.

Procuraremos que esto no se repita. Por esta vez perdonen nuestros suscriptores.

INDICE

AÑO DE 1908.

- Aguilera (José).**—Un pellizco, pag. 170.
- Alba (José).**—Parte activa que tomaron las armas de infantería y caballería en los diversos combates que se celebraron en la provincia de Badajoz, con motivo de la guerra de la Independencia, 120.
- Arqueros (Antonio).**—Espronceda, 36.—La forma rítmica, 65.
- Balduque.**—Legajo. (En todos los números),
- Bardají (Luis).**—Recordar es revivir, 1.—El estudiante de Salamanca y D Juan Tenorio, 33 — Discurso sobre la guerra de la independencia, 133.—La exposición del Ateneo, 226.
- Blanco (Indalecio).**—Final del sitio de Zaragoza, 160.
- Castro (Leopoldo de)**—A Teresa, 43.—Porvenir, 154.—Noche aciaga, 286.
- Carrasco Garroreua (Pedro).**—Cháchara, 213.
- Cienfuegos (Francisco).**—La novia, 59.
- Cordero (Juan Luis).**—Versos á la amada, 216.—¡Mi madre se ha muerto!, 280.
- Conde (Prudencio J)**—Problema crítico del conocimiento, 4.—La Escolástica y el problema crítico del conocimiento, 177.
- Diaz Macías (José).**—El Hatero, 25.—Discurso sobre la guerra de la independencia, 131.—Sin asunto, 298.
- Duarte Insúa (Lino).**—Bótoa, 78—Un lunar fatal, 251.
- Escobar Prieto (Eugenio).**—D. Frey Juan Roco Campofrío, 241 y 273.
- Fernández (Ambrosio).**—Importancia de la batalla de Albuera, 97.
- Franco (Francisco).**—Roma fin de la Eneida, 335.
- García de Castro.**—El Pensamiento, 301.
- García Jimeno (Fernando).**—Los egoistas, 261.—A los ma'os poetas, 319.
- Gestoso (José).**—Notas artísticas llerenenses, 209.—Bibliografía, 363.

- Gobernado (Pedro).**—Oda á la fé, 120.
- Hermida (Luis)** —Discurso sobre Espronceda, 53.—Mater amabilis, 72.—Año nuevo, 349.
- Hermida (Miguel).**—Alma enferma, 269.
- Larios (Mariano).**—El árbol prodigioso, 199.
- López Prudencio (José).**—De literatura regional, 27 y 145.— Sobre el Teatro Nacional, 352.
- Montanchez (Enrique).**—Su retrato, 75.
- Monterrey (Manuel)** —Al cantor de Teresa, 52.—Humilde ofrenda, 128.—Salmo florido, 193.—El banco del jardín, 224.—La gavota, 128.—Nocturno de Chopin, 329.
- Morales (Rafael).**—La mujer española ante la educación física del niño, 323
- Muñoz y Blasco.**—A unas flores secas, 255
- Navarro (Ezequiel).** — Los ferrocarriles estratégicos extremeños, 331.
- Regidor (Diego B.)**—Reseña de la batalla de Canta-Gallo, 113.
- Reyes Huertas (Antonio).**—Enferma, 248 —Tristeza de invierno, 347.
- Rincón Gimenez (Jesús)** —Reflexiones, 89.—La Condenación de Fausto, 289 y 309.
- Roso de Luna (Mario).**—Sobre el problema de las comunicaciones en Extremadura, 13.—El anillo de Zafira, 194 y 219.
- Sancho (Francisco J.)**—De cosas extremeñas y de algo más, 282 y 320.
- Santos Redondo.**—A la memoria de Espronceda, 49.
- Segura (Enrique).**—El amor del poeta, 44.—La Capilla de los huesos, 343.
- Servet (Carlos).**—La esperanza, 198.—Al mar, 295.
- Teixeira (Antonio).**—Mi mar, 11 —Sic transit..., 88.—La cuestión social, 185.
- Tenorio (Nicolás).**—Moriscos de Hornachos, 157.
- Torres Cabrera (Marqués de).**—D. Alonso de Monroy, 68.
- Varios.**—La muerte del poeta (Espronceda), 61.
- Varo (Luis R.)** —Un voluntario de la Albuera, 105.—Los extremeños en las Cortes de Cadiz, 187 y 232.
- Vazquez Camarasa.**—El sentimiento de lo divino, 164 —Concepto del Misticismo, 257.—Teorías místicas, 305.